
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

PÁGINAS GADITANAS

POR EL ILMO. SR. DR.

Don Servando Arbolí y Faraudo,

DIGNIDAD DE CAPELLAN MAYOR DE S. FERNANDO
DE LA STA. METROPOLITANA Y PATRIARCAL IGLESIA DE SEVILLA,
TENIENTE VICARIO SUB-DELEGADO APOSTÓLICO CASTRENSE DE LA DIÓCESIS,
CATEDRÁTICO DE PATROLOGÍA Y ORATORIA EN EL SEMINARIO CONCILIAR,
ACADÉMICO PREEMINENTE DE LA DE STO. TOMÁS DE AQUINO,
DEL NÚMERO DE LA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS, CORRESPONDIENTE DE LA DE
LA HISTORIA, ETC., ETC.,

PRECEDIDAS DE UNA CARTA

DEL EXCMO. É ILMO. SR. DR.

D. JOSÉ MARÍA DE URQUINAONA,

Obispo de Barcelona y Senador del Reino.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

SEVILLA.
IMP. Y LIB. DE LOS SRES. D. A. IZQUIERDO Y SOB.º
Francos, núms. 60 y 62.

1882.

Á LA

MUY CATÓLICA, MUY LEAL Y MUY NOBLE

Ciudad de Cádiz

Dedica esta ofrenda de amor y de gratitud

SERVANDO ARBOLÍ, PRO.

CARTA DEL EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE BARCELONA

DR. D. JOSÉ MARIA DE URQUINAONA Y BIDOT.

Ilmo. Sr. D. Servando Arbolí.

Montserrat 14 de Setiembre de 1882.

Querido Servando: Recibo hoy con mucho gusto tu carta en que me comunicas el pensamiento de dedicar un obsequio á Cádiz el dia de los Santos Patronos, publicando con una introduccion tuya el sermon que predicó tu inolvidable tio el Sr. Arbolí, el año 1829 en aquella Catedral, celebrando de Pontifical el Obispo Sr. Moreno.

¿Cómo no aprobar tu propósito, cuando veo con pena sepultadas en la oscuridad y condenadas al olvido las notabilísimas obras de aquel hombre por todos conceptos extraordinario, que se hizo admirar como un verdadero genio, no solo por sus profundos conocimientos en los principales ramos del saber, sino por el don especialísimo que Dios quiso concederle, lo mismo para hablar que para escribir, don que al ménos reunido rara vez se encuentra ni áun en los más eruditos y sabios?

Muchas veces nos hemos lamentado de que sus sermones no hayan sido conocidos mas que de los que tuvieron la dicha de oirlos, y que pasáran por el público, sin dejar rastro de sí, sus *cartas Pastorales* que sobre ser modelo en su género, son además interesantísimas por los asuntos sobre que versan.

Si mi vida no hubiese sido siempre tan laboriosa, yo me habría encargado de coleccionarlas y publicarlas, considerando esta obra como de la mayor importancia: ¿por qué no lo haces tú, en obsequio á su respetable memoria y como recompensa de sus cariñosos afanes por tu educacion eclesiásti-

ca y literaria? Será tambien una gloria para el Episcopado español que en nuestros desventurados dias en que tanto veneno se difunde para desacreditar al Clero, acusándolo entre otras cosas de ignorante, circulen por todas partes las producciones tan oportunas, tan elocuentes y tan sabias de un Prelado eminente que todo lo debió á su saber, levantándose sin recomendacion ni influjo humano á la más alta gerarquía de la Iglesia y brillando en ella como astro de primera magnitud.

En esas Pastorales, como en todos sus escritos, se verá la frase correcta, el estilo clásico, la elocuencia que brota naturalmente del alma, sin esa afectacion en que la hacen consistir muchos de nuestros ilustrados modernos, el razonamiento filosófico, el manejo admirable de los Libros Santos y sus grandes conocimientos históricos, que se revelan en la aplicacion oportunísima de los hechos, sin acumularlos inconsideradamente, como lo practican algunos, para ostentar una ciencia de que carecen y que solo sirve para desfigurar la verdad en vez de esclarecerla.

Por todo esto, me complacería muchísimo que emprendieras ese trabajo. Si tal sucede y lo consideras prudente y oportuno, tendría una satisfaccion en que figurara á la cabeza de la obra la sencilla pero muy veráz y sentida biografía que yo escribí derramando lágrimas, entre la prolongada agonía que acabó con su preciosa existencia, como último y tristísimo homenage que dedicaron mi cariño y mi gratitud á un Prelado á quien tan de corazon amaba y que sacándome de la oscuridad en que vivía y honrándome hasta la muerte con su confianza, me abrió camino para la elevacion en que hoy me encuentro sin merecerlo. ¡Lo que vá de Obispo á Obispo! ¡qué inescrutables son los designios de la Providencia!

Me he extendido bastante, por lo que me abstengo de tocar otros asuntos de que hablaría contigo de buen grado.

Encomiéndame á Dios en tus oraciones y sabes cuanto te quiere

José María, *Obispo de Barcelona.*

Que no he procedido sin consejo, lo dice la carta que antecede, y si ya es tiempo de satisfacer una deuda del corazon, lo juzgarán mis compatricios cuando hayan recorrido estas líneas.

Son pasados veinte años desde que se apagó una voz elocuentísima y vistió de luto la Iglesia Española por la pérdida de uno de sus más insignes Prelados. No se me tachará de impaciente. Entiendo que la prudencia que espera no es solo virtud cristiana, sino fuerza constante contra toda prevencion injusta, garantía de juicios acertados en la marcha social y en el estudio de la historia, madurando la opinion á veces mal aconsejada y produciendo frutos copiosísimos en el campo de las buenas letras. Probáronse entonces algunas biografías (1): era yo muy jóven; mas no miré con apasionamiento de raza aquel arrebato de la primera impresion, porque muy niño aprendí que las biografías escritas al borde del sepulcro son en puridad últimos conatos de vida ensayados entre sombras de

(1) Se alude á las que empezaron á circular, emitiendo juicios críticos y comparativos cuyo carácter no dice relacion á las exigencias del momento. Otra cosa son los «apuntes biográficos», como los que magistralmente redactó el Sr. Dr. D. José M. Urquinaona, que fueron insertos en el Boletin Eclesiástico del Domingo 1.º de Febrero de 1863.

muerte, y que en ellas suelen confundirse las voces de la justicia con los ayes de dolor arrancados por la desgracia. Ni podemos ser imparciales cuando anticipamos el fallo de la posteridad; creemos juzgar al hombre y solo logramos asir las naderías de documentos que valen poco y que interesan á los ménos.

Dicho está que el haber esperado cuatro lustros me otorga algunas libertades. Consagrándome durante este período á la predicacion y á la enseñanza, he podido por mí mismo medir todo el alcance y todo el mérito de las lecciones de aquel maestro. No es mi ánimo recordarlo á su Pátria. Ha dado testimonio de que no lo olvida: los gaditanos recuerdan al que fué su padre, su apóstol y su amigo. El Municipio ha perpetuado su memoria en las calles de la ciudad y en la humilde casa donde vió la luz primera; y resonando el eco de ese mismo sentimiento público áun fuera del territorio de su Diócesis, el senado Capitular de la Patriarcal Iglesia de Sevilla á que me glorío de pertenecer, le ha concedido, por voto unánime, puesto preferente entre los personages más ilustres cuyos retratos adornan los muros de la Biblioteca Colombina.

Mi corazon ansiaba más; pero muy lejos de apoteosis profanas, que van estando tan en boga, deseaba ofrecer un símbolo religioso, consagrado á la par á los objetos más tiernos de la devocion del pueblo Gaditano, al nombre de un famoso patricio, y al recuerdo de felices dias en que brillaron tan esclarecidos varones honra de su pueblo. Me ha proporcionado benévola ocasion un manuscrito que ahora vé la luz de la publicidad, pero harto celebrado y comentado entonces: «panegírico de los Santos Mártires Servando y German, predicado en la *Catedral Vieja* de Cádiz, año de 1829, por el Dr. D. Juan J. Arbolí;» y al darlo á la estampa, dedicándolo á *honor de nuestros Patronos* en el mes de su festividad, entiendo que Cádiz tiene derecho á recabar como suya la prez de aquella elocuencia y á renovar y encender entre sus hijos la noble emulacion del zelo que dictó aquellas páginas.

A estas consideraciones agrégase un motivo cuyo valor

y estimacion solo interesa al que suscribe estas líneas; porque un elogio de los SS. Servando y German señaló el comienzo de mi carrera de predicacion, y antes de subir á la cátedra (van á cumplirse veinte años), recibí la bendicion episcopal de tan eminente maestro. ¡Dia que jamás se borrará de mi alma! vivirá en ella con la gratitud á nuestros Patronos, con el reconocimiento al Cabildo de quien recibí mi primer beneficio Eclesiástico y con el amor al pueblo de mis padres.

I.

No debo juzgar el sermon que entrego á los sencillos lo propio que á los doctos; pero puedo hacer constar de un modo terminante que me decido á imprimirlo, no con ánimo de que por el se juzgue del que luego fué *Obispo de Cádiz*, que esto sería un agravio, apesar de lo que vale el discurso; sino como dulce recuerdo de su época, como blason de nuestra ciudad y como estímulo de fomentar los sentimientos que rebosan en esta obra.

Cuando nos avasalla el espíritu libre pensador y que de todo discute, entiendo que *no es la discusion la destinada á salvarnos*, y así lo he dicho y consignado muchas veces, sino la predicacion severa del Evangelio con sus máximas de salud y con su fuerza creadora, como la que encierra el adjunto panegírico. Aplaudo las intenciones, pero no admito la eficacia de otro género de elocuencia desde las alturas del púlpito. Estamos tan hambrientos de verdades, como sobrados de letras, de filosofía, de erudicion rebuscada y de oratoria de aparato, que nada engendra para el cielo. Si tuviera pues á mano, que no tengo, las admirables improvisaciones de controversia del doctor Arbolí, no las publicaría con tanto gusto como esta sencilla peroracion que se desliza suave con el ritmo de su palabra y con la majestad de sus propios tesoros: es un sermon saturado de fé, y la fé es la que vence al mundo. Habla el prebendado de Cádiz años antes de adquirir aquella robusta entonacion que, enlazando el antiguo linage de su

estilo con los últimos acentos de la polémica racionalista, hizo de él uno de los más famosos campeones de su tiempo.

Sencillo en la predicacion como en la palabra, se muestra uno de los más *sobrios* oradores cristianos. Jóven todavía cuando pronunció este panegírico, supo esquivar las sugestiones del propio amor en un literato eminente. ¡Eligió punto moral, y escondió tesoros admirados en la cátedra y hasta en conversaciones familiares en que siempre deleitaba enseñando! Pero los mismos Padres de la Iglesia ¿no nos dan ejemplo altísimo de este carácter privativo del orador del Evangelio? Los sermones de S. Agustin son los ménos profundos y los más sencillos entre todas sus obras, y no escluyo de esta regla (como lo demostraré en mi ensayo sobre los Padres), á los más afamados Griegos y Latinos. El Nacianzeno, S. Juan Crisóstomo, S. Pedro Crysólogo, San Leon, S. Ambrosio, S. Gregorio el Grande, todos, con raras escepciones, desplegaban en la predicacion un género de oratoria acomodado al pueblo, y sin desdeñar el adorno, pusieron el mayor conato en la claridad de la doctrina y en la pureza de las máximas. Con esta tradicion, y cuando todos nuestros preceptistas nacionales, desde Granada hasta Mayans, insisten sobre este punto, bueno será reconocer que seríamos infieles á nuestro ministerio con ese alarde de sublime y ese rebuscar de citas, que sobre ser de mal gusto, como resabio de época funestísima en los anales de la predicacion, esponen la severidad del Dogma á las aventuras de la imaginacion y áun á los caprichos de esa moda que todo ha querido acomodarlo á placer, hasta nuestros estudios y nuestra actitud en presencia de los modernos disidentes.

Diéronse muy luego los predicadores á ensayar la *Conferencia*, y dicho sea en verdad, lo que en Inglaterra y Francia obedecía á necesidad del momento, las más veces fué en nosotros estímulo de vanidades, cebo de curiosidad y gala de genio sutil que apenas se podía contener ¡qué delirio! en los límites trazados por nuestros maestros y áun por los mismos Padres y Doctores. Se dió el caso de propinar discursos con aquel *título* al modesto auditorio de una *novena* ó de un *quinario*, y hasta se aseguraba con arranques de ilus-

tracion, que eran preferibles los predicadores filósofos, aunque jamás lográramos entenderlos, abonándose éstas y otras agudezas de su jaez, que si no merecen los honores de un Gerundio, provocan por lo ménos el ceño literario de cualquier orador de buen sentido. No prosigamos: la sabiduría y la sublime locura de la cruz nada tienen que envidiar á las humanas especulaciones; y dejando intactos para su lugar y tiempo la magnificencia oratoria y el ropaje vistosísimo de las letras, que facilita y corrobora, por medio de la ilustracion, el convencimiento racional de la fé, regalo gratuito de Dios, no parecerá inoportuno haber denunciado aquel vicio, que por fortuna vamos viendo desterrarse de la literatura cristiana. Nada más añadiré: sólo fué mi ánimo advertir que el talento y las dotes del Obispo de Cádiz lograron preservarlo de exageraciones aventuradas y de impaciencias soberanamente pueriles.

Con no ser el panegírico su género *preferente*, el que vé hoy la luz pública reviste un mérito especial. Nuestro orador se formó sin modelos: por eso no semeja á ninguno. Mas tarde se familiarizó con el estudio de los predicadores del siglo de Luis XIV. Los místicos de nuestra edad de oro, constituian objeto preferente de sus meditaciones y lecturas; descollaba en la catequesis, y como Obispo la cultivó con abundante fruto, rodeado de una pleyade de Varones apostólicos, algunos de los cuales llevan hoy el báculo Pastoral y aprendieron en la escuela de tan insigne Prelado.

Convenía al Doctor Arbolí lo que él mismo aseveraba, usurpando el lenguage de Tulio, de su maestro el inmortal Cabrera; «*natura plusquam arte ad eloquentiam comparatus*»... Todo en él revelaba al orador, hasta sus dotes personales, y lo que sirve más á la elocuencia, lo que los mismos preceptistas gentiles como Ciceron y Quintíliano encarecieron siempre, lo intachable de la vida y lo singular y aquilatado de las virtudes! Hay séres en los que la revelacion del talento ha sido por la providencia exornada de ese conjunto singular en que todo se concierta y aduna; diríamos que desaparece el hombre y que se impone y avasalla el carácter: todo es correlativo; nacidos para una mision repa-

radora, llevan grabada en la frente la inscripcion sublime del destino: la imaginacion no los forja de otro modo, ni la historia sabe separar en ellos la obra de la naturaleza y el milagro de sus creaciones. Siempre me ha parecido exactísimo lo que de acuerdo con esta idea dice Lamartine retratando á Bossuet, el gran Obispo del tiempo de Luis el Grande. «Este hombre fué formado para el Sacerdocio, el Ponti»ficado, el altar, el átrio, el púlpito, los hábitos talares y la »tiara. Cualquiera otro lugar, cualquiera otra funcion, cual»quier otro traje eran cosas agenas á su naturaleza. La ima»ginacion no puede representarse á Bossuet en el traje lai»cal. Nació Pontífice. La naturaleza y la profesion se en»cuentran tan indisolublemente ligadas y confundidas en »él, que ni con el pensamiento pueden separarse. No es un »hombre, es un oráculo (1).

II.

En el sermon sobre el *Patronato* de nuestros Mártires, concurren circunstancias del más vivo interés para los gaditanos.

Corria el año 29. Celebraba de Pontifical el Obispo Don Fr. Domingo de Silos Moreno (2), aquel gran siervo de Dios, portento de caridad, *Varon por todo extremo admirable*, á quien se debió en primer término la iniciacion de esa carrera de sacrificios y de glorias coronada con feliz suceso abriendo al culto una grandiosa Basílica. Juntábanse dos hombres á quienes el doble lauro del saber y de la vir-

---

(1) Cursos de literatura. Tom. II.

(2) El Obispo D. Fr. Domingo de Silos Moreno tomó posesion de la Silla de Cádiz el 17 de Junio de 1825, é hizo su entrada solemne en la Catedral el 5 de Agosto del mismo año.

Don Juan José Arbolí y Acaso obtuvo del Cabildo el nombramiento de Medio-Racionero de la Santa Iglesia Catedral, en el año de 26.

En 20 de Noviembre de 1830 tomó posesion de la Canongía Doctoral que desempeñó hasta su promocion al Obispado de Guadix en 1852. En el siguiente fué trasladado al de Cádiz, donde falleció el día 1.° de Febrero de 1863.

tud debía mantener siempre unidos: más tarde, el Doctoral Arbolí era el Vicario del Obispo Moreno: la ancianidad descansaba en el apostol ardiente, y el zelo de los últimos días de un pastor santo buscaba apoyo en la seguridad de la ciencia. Dos años antes, había pasado á mejor vida el insigne *Magistral Cabrera;* así se explica el sentido apóstrofe del orador en la segunda parte del discurso: podía elogiar á su protector y maestro, y era homenage debido á la fama europea de varon tan eminente, á quien las academias extrangeras llamaban con entusiasmo «*antorcha de las ciencias naturales en España.*» La elocuencia de Cabrera no pudo nunca doblegarse á la esclavitud de la pluma: sus discípulos le admiraron como un portento, y yo conservo con el mismo amor que una tradicion de familia las anécdotas que, entre otros, me narraba, muchas veces con lágrimas, el sabio humanista D. Fernando Casas, traductor de los *libros del orador de Tulio* y que tanto me favoreció con un cariño entrañable. Por último, predicábase este panegírico en la llamada *Catedral vieja*, templo humilde, sí, pero rico de tradiciones purísimas, nido de oracion ferviente en que recibieron los gaditanos las primeras inspiraciones para levantar á Dios un templo de magnificencia sublime! El discurso del sabio Prebendado recuerda las glorias más legítimas de la Iglesia de Cádiz.

A esta Iglesia consagró nuestro orador toda su vida: ya es hora de decirlo: le hizo hasta el sacrificio de su legítima fama: es fácil demostrarlo.

Su reputacion formada y acrisolada sin salir del recinto de nuestra ciudad, no obtuvo lo que en derecho le correspondía y lo que hubiera ganado con algun leve vencimiento de su modestia. Sus más entusiastas admiradores no lograron hacerle variar sobre este punto. Predicador de S. M., no pisó *jamás* el suelo de la Corte. Senador del Reyno, no pudo persuadírsele á que tomara asiento en la alta Cámara. Presentado para la silla arzobispal de Burgos, contestó quería descansasen sus restos en su amada Catedral de Cádiz. A Cádiz quiso vincular toda su historia: Colegial de Santa Cruz, Catedrático, Prebendado, Doctoral, Di-

rector de Estudios, escritor filósofo, orador, polemista, Gobernador Eclesiástico, Obispo... todo esto corresponde á Cádiz, sólo á Cádiz con un corto paréntesis en la ilustre silla de S. Torcuato. Conozco en la historia de mi patria pocos ejemplos de esta índole. Lo que fué, lo que creó, lo que representó en cada uno de aquellos títulos, lo publican los fieles, lo acreditan sus obras, lo viene poseyendo el Cabildo, lo conservan sus alumnos (1), lo ostenta el esplendor del templo y no lo olvidan los pobres.

Ardiendo en zelo por la casa de Dios, su última *improvisacion asombrosa* tuvo lugar en la noche del 20 de Enero de 1862, dirigiéndose á su Cabildo en el acto solemne de administrársele el Santo Viático. Su última palabra fué de caridad; su postrer aviso el de la lucha que nos esperaba; su más alto ejemplo, la resignacion de los justos.

Fué admirado de sus contemporáneos. Dotado de cora-

---

(1) El siguiente rasgo de elocuencia en que campean lo gallardo y castizo de la frase con lo profundamente sentido del concepto, y que dicho con la vigorosa entonacion del orador arrancó lágrimas al numeroso concurso, proporcionará á mis lectores una prueba más de la veneracion que inspira siempre la memoria de aquel maestro á sus discípulos más afamados. El sabio académico D. Cayetano Fernandez es tambien gloria legítima de nuestra pátria.

«Arbolí se llama el nuevo compañero, como «aquel Varon ilustre» por »todo extremo, que fué su segundo padre, cuya sabiduría yo miraba con »asombro en mi niñez, y por eso hé amado las letras; cuya virtud yo re»verenciaba silencioso, y..... siempre he querido imitarle; cuyo ápostolado »yo seguía en mi contemplacion, y he venido á ser sacerdote: se lo debo to»do indirecta.... y directamente tambien; por eso su nombre me obliga hoy »á acometer hasta lo imposible. La cuna del nuevo académico es tambien »mi cuna ó, mejor dicho, la de ambos se ha mecido en una misma tierra, »arrullando nuestro primer sueño el incesante rumor de las olas del Oceano: »Cádiz—Amada pátria mia! tú guardas los huesos de mis padres, de mis »hermanos, de mis amigos más tiernos; y aunque mi niñez y mi juventud »pasaron en tí en la horfandad y en las lágrimas, yo te amo como se ama »religiosamente un panteon de familia.»

(Discurso de D. Cayetano Fernandez, dignidad de Chantre de la Santa Iglesia de Sevilla, de la Real Academia Española, en la recepcion pública de D. Servando Arbolí en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.—Noviembre 1878.*)*

zon expansivo, deleitábase en la amistad y hallaba resonancia en su alma todo afecto generoso. No quiero omitir en este punto una noticia que reviste cierto interés literario. Mantuvo siempre estrechas relaciones con sus numerosos apasionados en Sevilla, donde había seguido el curso de Jurisprudencia y formado parte de su claustro. Figuraba al frente de ellos el eminente literato *Don Alberto Lista*, Canónigo de esta Iglesia Patriarcal, y su compañero en el célebre colegio de S. Felipe Neri de Cádiz. A la gestion de Lista se debió principalmente que el Doctoral diera á la estampa sus lecciones de filosofía. Cuando ocurrió el fallecimiento del insigne matemático y poeta, el claustro de Doctores que acordó celebrar Honras muy solemnes, cometió el encargo de la *oracion fúnebre* á nuestro famoso orador en comunicacion de 7 de Octubre de 1848, firmada por su ilustre y amadísimo amigo el *Dr. D. Joaquin Perez Seoane* (1). He debido consignar este dato para ligar los nombres de los dos insignes Presbíteros que Cádiz y Sevilla admiraron por aquellos días en la cátedra y en el púlpito. ¡Honor al Sacerdocio, tan maltratado por los que ignoran su historia!

Como escritor correcto, fácil y castizo, adiestrado en la polémica, contundente en las razones y ameno en la variedad de su elocucion, las *Cartas Pastorales* que diseminadas corren entre todos y que, si Dios fuere servido, se publicarán á no tardar con un juicio literario, dicen muy alto en honor del Obispo infatigable, que supo encontrar palabras oportunas y giros acertadísimos en todos los géneros de escribir y de hablar. Aseveraron sus contemporáneos, y hoy podemos repetirlo con énfasis, que sus escritos pastorales igualan, cuando no superan, el mérito de los más famosos del extrangero, como Du Pont, Bertaud, Parisis, y en muchos casos los del inmortal Obispo de Poitiers Mgr. Pie, tan renombrados entre los suyos, porque, á no dudarlo, han tenido más zelo que nosotros en el lustre de sus legítimas glorias....

(1) Las honras solemnes fueron aplazadas y despues no tuvieron lugar.

El Obispo *filósofo* reclama tambien una vindicacion.

Mi doctísimo y respetable amigo D. Marcelino Menendez Pelayo le dedica unas frases (1) en que, si debo conceder lo ajustado y fiel de su criterio respecto al *sensismo moderado*, no puedo por ningun título aceptar la apreciacion histórica, sin el comentario que en mi pobre sentir reclama la justicia. Con ocasion análoga, declaré hace años en el *Pensamiento Español* (2) contra las afirmaciones del *Reyno* (de las que tambien se hizo cargo con su envidiable maestría D. Francisco Navarro Villoslada), que no estaban ajustadas ni á la mente ni á la letra de las lecciones de filosofía del *Doctoral* de Cádiz (3). ¿Debió el Sr. Arbolí anticiparse al movimiento de restauracion escolástica? ¿Logró, á lo menos, corrigiendo á Laromiguiere que á su vez reforma á su maestro Condillac, preservar la juventud estudiosa del veneno del sensualismo que se filtraba en las aulas? Y si lo hizo, como lo atestiguan sus coetáneos, y lo aplauden unánimes los varones mas ilustres en letras y en virtud, ¿hasta donde será acertado envolver el nombre de aquel apostol del espiritualismo en la nube de los corifeos del movimiento peligroso de la escuela francesa? Si estos puntos no son para debatidos aquí, el Sr. Pelayo á quien abonan de consuno su rectitud y su inmensa erudicion, estimará mejor que yo la justa alarma que me produjeran sus líneas. Denunciar todo procedimiento filosófico que, aunque basado en la mas pura ortodoxia, no se halle tan extrictamente comprendido en el radio de la Escuela, podrá ser muy útil para la restauracion completa á que aspiramos, pero no está exento de peligros el censurar á los que guiados por una luz que estimaban muy pura, coadyuvaron con zelo ardiente y con actos probados en lides gloriosísimas al triunfo definitivo de la verdad.

---

(1) Historia de los Heterodoxos Esp. Tom. III. Lib. VIII. C. III.

(2) «Pensamiento Español», 3 de Noviembre de 1864. «Filosofía de Arbolí.»

(3) Insisto en llamarle Doctoral, porque el «Obispo» no las escribió, sino el «Canónigo,» diez años antes de su promocion al Episcopado.

Queda satisfecha, aunque tarde y con torpísimo labio, la deuda de mi corazon;

Devuélvote, Arbolí, la que me diste
Máxima santa, con placer guardada
Aquí en mi corazon, do la pusiste,
Y queda, al irse para tí, grabada.
Otra cosa mejor no puedo darte,
Vaya, puesto que es tuya, á coronarte. (1)

Las ligeras noticias de los SS. deslizadas en el sermon, únicas que caben en sus límites, están bebidas en las mas puras fuentes de tradiciones religiosas de España. Pudieran ampliarse con apuntes de Salazar, Marieta, Orozco, y las historias de Cádiz, Sevilla y Mérida por varios, teniendo á la vista con preferencia la obra tan estimable como rara del sabio Jesuita rector del colegio Irlandés, P. Antonio Quintanadueñas, impresa en 1637 «*Santos de Sevilla y su Arzobispado*» que entonces y despues ha merecido de los eruditos los mas subidos elogios. Los críticos están acordes en reconocer la gloria que circunda á Cádiz en el martirio de los dos invictos confesores. Sevilla, justamente envanecida de poseer los restos de S. Servando, celebró de antiguo su solemnidad con pompa y magnificencia en su incomparable templo Metropolitano, consignándose en sus primitivos Breviarios la siguiente exclamacion, «*o multum beata terra Gaditana, quae gremio suo beatorum Martyrum sanguinem suscepit.*» ¡Lástima que no podamos ilustrar esta página con un estudio detenido sobre tan venerandas reliquias! (2)

---

(1) «El mundo y tu doctrina» composicion dedicada al Ilmo. Sr. Arbolí con motivo de su exaltacion á la silla episcopal de Guadix, por D. Angel María de Luna.—Vejer, 1852.

(2) El Bachiller Luis de Peraza, el mas antiguo de los historiadores de Sevilla, en su «Historia autógrafa é inédita» de la misma ciudad, que posee mi caro amigo el renombrado literato Dr. D. Francisco Rodriguez Zapata, Capellan Real de San Fernando, con las notas marginales tambien autógrafas, de Juan de Mal-Lara y de Argote de Molina, en la tercera década de

Acreditó la Iglesia hispalense en todos tiempos la piadosa veneracion con que las guarda. Tengo á la vista un edificante auto capitular del dia 1.° de Noviembre de 1755 en que la divina justicia visitó los pueblos con el mas espantoso terremoto. Organizose aquella tarde por el Cabildo de la Santa Iglesia una procesion general que hubo de dirigirse en penitencia á la antigua Ermita de San Sebastian, y en ella se condujeron solemnemente en medio de las mayores demostraciones de religioso fervor *el Santo Lignum Crucis, la Imágen de Ntra. Sra. de la Sede y las Reliquias de San Servando....*

Las que hoy se encuentran en la Catedral de Sevilla están registradas en los *indices de las auténticas y relicarios* en la siguiente manera:

«Número 45. Otro relicario que tiene grabado: *Reliquias de San Servan.*»

Este relicario forma un templete ó custodia como otros varios de santos que se guardan en nuestra Iglesia.

«Número 55. Dentro de una urna de plata con rótulo que dice *Corpora Sanctorum Martirum Servandi et Germani Fratrum* se halló una canilla de muslo y un envoltorio con varias reliquias y dentro un papel con reliquias de San Inocencio.»

Esta urna se conserva en la misma forma indicada por el índice, pero en vez del rótulo antedicho sólo se lee «*reliquia S. Servandi.*»

Al final del libro M. S. se añade la siguiente aclaracion: «Estas son las reliquias é huesos de santos que fueron de D. Bienvenido é despues de Gonzalo Sanchez Chanciller.

. . . .

. . . .

Huesos de S. Servando.»

Parece que esta nota se refiere al mismo número 45 en la forma arriba señalada.

---

su obra fol. 366 enumera entre las reliquias de esta Santa Iglesia «El cuerpo de San Servando.»

De la fiesta y procesion con sus reliquias se hace mérito en la Historia de las antigüedades y grandezas de Sevilla de D. Pablo Espinosa lib. 2. c. 9.

Debo terminar mi trabajo, y este sería el lugar de algunas aclaraciones sobre la oportunidad del recuerdo piadoso á la ciudad de Cádiz.

No acepto la opinion de los que en vista de los desmayos de la fé, juzgan estériles para el caso las vidas ó los elogios de los Santos, como si el *Santo* fuera planta de aclimatacion en épocas determinadas. Los santos son fruto del cielo, y sea lo que fuere del nivel de nuestras creencias y de nuestras virtudes, la generacion actual no puede ser indiferente á los prodigios del heroismo. Lo dije en otra ocasion, y debo repetirlo hoy: «*España tiene el privilegio de estar en intimas relaciones con la santidad.*» En nuestra tierra clásica de catolicismo asisten dobles motivos que en otras comarcas del mundo civilizado para tomar en toda su verdad histórica y religiosa las palabras del insigne Dupanloup «fuerza es bendecir á Dios por este movimiento que arrastra á los cristianos de nuestros dias á escribir y leer la vida de los santos. Los santos son las almas mas hermosas de la tierra, las mejores, las mas nobles, las mas puras, las mas esforzadas que ha producido la humanidad. Hagámoslas conocer con todos sus encantos y nadie resistirá su soberano influjo.»

Somos linage de eleccion. Yo saludo á mis hermanos del cielo, porque soy de la familia de Cristo: ciudadanos somos de aquella Pátria, la única libre, porque es la pátria de la santidad, «*cives sanctorum et domestici Dei*». ¡Con qué júbilo podemos repetirlo! esos varones son, como decía un orador insigne de la Francia, «*los hombres del progreso,*» ¿quién lo duda? esos héroes representan, y ellos son los únicos capaces de representarlo, la dignidad humana sin rebajamientos miserables y la altura de nuestros destinos sin la altivéz insensata de un orgullo que envenena. Esos fuertes de Israel, generacion de la vid frondosa que es Cristo, arbustos nacidos del grano de mostaza, hoy llegan al cielo como la copa de los cedros y cubren la tierra como terebintos olorosos en los plantíos de Jericó. Falange prepotente, ellos lo han avasallado todo!... han hecho de la humanidad un templo y han puesto en su santuario el corazon y la inteligencia para consagrarlos y para hacerlos incorruptibles. ¡Ben-

ditos seais, hombres de la santidad! yo sé que vivo por vosotros: el mundo es vuestro «*propter electos*», y vosotros sois para el Señor.

A la gloria de Dios y al honor y al triunfo de sus elegidos se ordenan por maravilloso concierto todas las revoluciones de la tierra: la promesa es indefectible, y los *amigos de Dios serán honrados colmadamente, confortándose su imperio*. Los enfriamientos de la fé solo acusarán á los corazones enfermos que dejaron apagar la antorcha que les iluminaba. *Removido de su lugar el candelabro*, las tinieblas se estienden; pero los justos creen, esperan, aman, y *no serán defraudados en sus deseos*.

Por esto, al recordar á mi Patria la gloria de sus Patronos y la prez de algunos varones que se afanaron encomiándolos, abrigo la conviccion de que tan dulce memoria responde, con mas fidelidad que otra, á la piedad y cultura de mis compatricios.

Los Obispos eminentes que vienen ilustrando la silla de S. Iscio, el insigne compañero de Cecilio y de Torcuato, han satisfecho con santa emulacion las ansias del fervor gaditano. El apostol misionero y prudentísimo director de almas Fray Félix María de Arriete, orgullo legítimo de nuestra ciudad, interpretó el ánimo de esta misma que fué su patria, como lo fué de Arbolí, y no perdió ocasion de avivar entre sus hijos la llama de la devocion á los ángeles tutelares de nuestra Isla. Con zelo ardiente, con incansable actividad promueve su ilustre sucesor (1) el culto de los Santos Mártires. ¡Que el Señor bendiga esta tierra, consagrada por el sacrificio de los excelsos hijos de Marcelo, y que vea mi amada Patria progresar de dia en dia los tesoros de su fe y los intereses de su fortuna!

SERVANDO ARBOLÍ.

Sevilla 24 de Setiembre de 1882.

---

(1) Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Jaime Catalá y Albosa.

J. M. J.

SERMON PANEGÍRICO

DE LOS SANTOS

MÁRTIRES SERVANDO Y GERMAN,

PATRONOS DE CÁDIZ,

predicado en la Sta. Iglesia Catedral (año 1829)

POR EL PREBENDADO

Doctor Don Juan J. Arbolí,

celebrando de Pontifical el Ilmo. Sr. Obispo

D. FR. DOMINGO DE SILOS MORENO.



Super muros tuos Jerusalem constitui custodes, tota die, et tota nocte in perpetuum non tacebunt.—Sobre tus muros Jerusalem, puse custodios que clamarán incesantemente dia y noche.—Isai. LXII, 6.

ILMO. Y EXCMO. SEÑOR:

La naturaleza que formó al hombre débil y subyugado de necesidades y deseos, por una disposicion de esa ley misteriosa que establece el concierto de los seres en las mútuas relaciones de dependencia y superioridad, puso el contrapeso de la flaqueza humana en la grandeza del poder unido á la beneficencia. De muy antiguo los pueblos, obedeciendo á este que podemos llamar primer instinto de nuestro ser, invocaron el auxilio de génios benéficos y de divinidades tutelares, á cuya proteccion abandonaron confiadamente su suerte y á quienes en torno tributaban los homenages de un culto y de una adoracion especial. El Paladion de Troya, la Minerva de Atenas, la Juno de Cartago, el Marte de Roma, son nombres que recuerdan y acreditan en la posteridad la persuasion y patriotismo religioso de las primeras repúblicas del mundo. Cadiz, nuestra ilustre Cadiz, cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos, cuya navegacion y comercio le hicieron tributarias á las naciones de quienes fué siem-

pre la admiracion, el embeleso y la envidia, Cadiz impelida de los mismos estímulos de gratitud y de esperanza se consagró al patronato de su fundador Hércules, á quien la fama de sus empresas ciertas y fabulosas y la superstición de aquellos siglos elevaron á la esfera de los dioses.

Amaneció por fin y para ventura de la tierra la alborada risueña de la revelacion: su luz brillante y pura disipó las sombras que anublaban el sendero de la justicia: los hombres conocieron entonces que en esta, como en tantas otras doctrinas, la ignorancia había adulterado la inspiracion de la naturaleza y las primitivas tradiciones del género humano: entonces entendieron que tributaban á los demonios, ó á otros hombres tan perversos y corrompidos como ellos, el incienso debido á solo Dios, esperando neciamente de las obras de su error y de sus manos los auxilios que solo podían obtener del Dios de la verdad por la intercesion y valimiento de los héroes de la virtud. El patronato de los Santos se estendió con la misma rapidez y al propio tiempo que el cristianismo. Las ciudades, las provincias y los imperios, se apresuraron á nombrar abogados y favorecedores que abonasen su causa, que apoyasen sus justas pretensiones, que procurasen los intereses de su salud con todo el crédito de que gozan en la celestial corte del monarca del Universo. No fué precaria esta eleccion. Los Santos que habian establecido la religion, corroborado la fe, instruido á los pueblos con su doctrina, ilustrádolos con sus ejemplos, honrádolos con su martirio, fueron proclamados protectores de los mismos pueblos en cuyo favor, durante su carrera mortal, se habian decidido de un modo tan señalado.

Hé aquí, señores, la sabia regla que dirigió la religiosidad de nuestros mayores para votar el patronato glorioso de Servando y German. Conducidos por la mano de la providencia á esta Isla que regaron con su ilustre sangre, en ella nos legaron la más segura prenda de su amor é indefectible patrocinio. Desde entonces Servando y German son los custodios y los génios tutelares puestos por Dios sobre nuestros muros para su proteccion y defensa: desde entonces tambien Servando y German claman con muda

pero elocuente voz á su favorecido pueblo. *Super muros tuos Jerusalem constitui custodes, tota die, et tota nocte in perpetuum non tacebunt.*

Yo vengo, gaditanos, á ser hoy el órgano y el intérprete de estos clamores por desgracia y mengua nuestra harto desoidos. Servando y German claman al pueblo de Cadiz para recordarle las glorias y las esperanzas cifradas en su Patronato; Servando y German claman al pueblo de Cadiz para recordarle las promesas y los juramentos vinculados al Patronato. DERECHOS que nos da la proteccion de nuestros Patronos, DEBERES que nos impone. Tal es, señores, la materia del incesante clamor de nuestros Custodios y tal será el asunto del discurso que hé de consagrar á su gloria. Ninguno mas digno de vuestra atencion: ninguno de mayor importancia para el honor y los intereses de nuestra Pátria. No se me oculta la dificultad del delicado empeño que contraigo con ellos y con mi auditorio: conozco que su ejecucion es muy superior á la debilidad de mis fuerzas: pero mi ambicion y mis deseos quedarán satisfechos, si maltrazando con inesperto pincel el elogio de nuestros Santos, alcanzo á reanimar en el pecho de sus clientes la llama de la devocion hacia el objeto mas digno de nuestra admiracion, de nuestra gratitud y de nuestros amores. Para conseguirlo, imploremos la gracia invocando á María: Dios te salve.

I.

Si lo ilustre de la sangre y la gloria de los progenitores fuesen de algun valer en el panegírico de los santos; si para realzar los timbres de Cádiz intentase yo alegar el esclarecido orígen de los suyos, pudiera decir sin violencia de la historia y sin agravio de la crítica que la sangre de Servando y de German había circulado en las venas de los primeros hombres de la república y del imperio romano. Pero el Evangelio, Sres. Ilmo. y Excmo., no conoce otra nobleza que la que dá la fe, ni mas grandeza sólida que la de la virtud. Los nombres tan ruidosos otro tiempo de los

Pompeyos, Marcelos y Nonios que se cruzaban en la estirpe generosa de nuestros Patronos, no habrian bastado á preservarlos del naufragio del olvido, á no haber recibido de sus padres otra herencia de mucha mas valía y otros títulos más positivos á la verdadera inmortalidad que dá la religion á sus héroes. Un mártir glorioso de la fe y una mujer á quien todas las tradiciones de nuestras iglesias de España apellidan Santísima, dieron la vida á Servando y á German, últimos frutos de una union que segun el testimonio del célebre autor de los Anales Eclesiásticos, dotada de fecundidad mas gloriosa que la de los padres de los siete mártires Macabeos, engendró doce víctimas para las aras del naciente cristianismo. Estas lecciones domésticas de virtud y de sacrificio desenvolvieron bien presto en el corazon de los dos hermanos el germen de santidad que recibieran con la gracia regeneradora del bautismo.

Un candor angelical, una piedad encendida, un estudio constante del Evangelio, una docilidad tan perfecta como la de Samuel á las inspiraciones del cielo, fueron las inclinaciones y los entretenimientos de su infancia; una circunspeccion á prueba de todas las ilusiones y sorpresas de los sentidos, una oracion contínua y fervorosa, una fe animada del espíritu de caridad, un celo ardiente por la gloria de Dios y la santificacion de los hombres, una práctica no interrumpida de las virtudes mas sublimes de la religion, fueron las pasiones y las delicias de su juventud. No, señores, yo no temo disminuir el mérito de nuestros Patronos, declarando para honor de la Iglesia y confusion nuestra, que estas mismas eran las delicias y las pasiones de todos los cristianos de aquellos primeros siglos de fervor, de aquella edad venturosa en que la Iglesia contaba el número de sus santos por el de sus hijos; de aquella edad en que aún no se conocía la escandalosa transaccion que los cristianos parece haber hecho tácitamente con Jesucristo, para sustraer de su imperio la mejor parte del corazon y de la vida del hombre, que se consagra á las exigencias, á las disipaciones, á los crímenes de un mundo enemigo de su doctrina y de su reino; de aquella edad en que no bastaba para me-

recer el título de cristiano esa probidad política que el mundo canoniza, en que se reputaba por el mayor de los delitos esa prudencia carnal que somete la virtud y la justicia y los intereses mas sagrados de Dios á las sórdidas especulaciones del egoismo; de aquella edad en que los menores defectos, esos mismos que nuestra indulgencia tolera y aplaude, eran castigados con todo el rigor de las mas severas y prolongadas penitencias; edad verdaderamente de oro para la religion, pues la era de la inocencia y de las virtudes heróicas y generosas que ella predica, y en que, para servirme de la enérgica y nada exagerada espresion de Tertuliano, la vida de los fieles era contínua preparacion para el martirio.

Así Servando y German vieron con alegría abrirse á su vista la escena de dolor y de muerte, en que debía acrisolarse y ser coronada su fé. Los bárbaros edictos del Emperador Diocleciano llegan á España: se promulgan en Mérida. Ministros dignos de la confianza de aquel monstruo los ponen en ejecucion con toda la crueldad que puede inspirar el fanatismo unido á la vil adulacion en los satélites de un déspota feroz y sanguinario. La piedad de nuestros Santos y los prodigios que la gracia del Señor obraba en ellos eran demasiado notorios en Mérida su pátria, para que no concitasen contra sí el furor de un tribunal enemigo de las virtudes, del nombre y de la sangre cristiana. Servando y German son conducidos á la presencia de sus jueces: la sinceridad de su confesion y la firmeza de sus respuestas confunde á la tiranía, que temerosa de quedar vencida con oprobio en lucha abierta, apela al otro recurso que le es tan familiar, la seduccion y el engaño. Reconvenciones amistosas, promesas lisongeras, adelantos de honor y de fortuna, consejos, persuasiones, instancias, todo se pone en movimiento para corromper el corazon de dos jóvenes que se hallaban en la edad de las esperanzas, de la ambicion y de la inesperiencia. Miserable equivocacion de la impiedad, que tantas veces la ha cubierto de ignominia!! Ocupada de los intereses del mundo á que reduce la suprema felicidad del hombre, no calcula jamás la fuerza

de la gracia, ni aprecia en sus combinaciones los sentimientos nobles y generosos que inspira el heroismo de la virtud que ella misma desconoce. Los halagos y las promesas hechas para comprar la apostasía, provocan el horror la indignacion y el desprecio de Servando y German, quienes con firmeza digna de la causa que sostenían, declaran altamente que no aspiran á otro honor ni fortuna que á la de ser siervos, adoradores y víctimas de Jesucristo.

Lo sereis, criaturas inocentes.... los verdugos dejarán caer la máscara con que intentaron seducir vuestro candor, y vengarán en vuestra sangre la vergüenza de que vuestra constancia los ha cubierto. Ellos atormentarán vuestra sensibilidad con todos los suplicios que la cobarde crueldad ha inventado para beber gota á gota la sangre de la inocencia: pero ellos no robarán á vosotros la palma de la inmortalidad que el cielo os ha decretado, ni á la posteridad el derecho de detestarlos y maldecirlos. En vano, católicos, en vano el infierno arma de saña el poder y de furor el brazo de sus ministros contra los hijos de Marcelo. Las cuerdas del potro desconciertan sus delicados miembros sin arrancarles una queja, una lágrima, un suspiro.... las almas heróicas de Servando y de German triunfan en medio de la convulsion horrorosa y de los dolores indefinibles que despedazan sus cuerpos. Los tiranos vacilan: temen que la muerte les arrebate demasiado presto sus víctimas, y disponen trasladarlos del suplicio á la carcel, para cebar su inhumanidad en la diversidad de los tormentos y en la prolongacion del martirio.

Los enemigos de Dios eran sin advertirlo, como lo fueron siempre, y lo serán eternamente, ciegos instrumentos de su providencia que tenía reservada nueva carrera de gloria á nuestros ínclitos santos. La mudanza del magistrado supremo de la península, restituye por un momento la paz á nuestra iglesia; la proscripcion se suspende, las cárceles se abren, los cristianos respiran. Esta seguridad empero semejaba mucho á la de aquel desgraciado que en medio las delicias del banquete veia brillar sobre su cerviz la punta de la espada pendiente de un finísimo estambre; ó bien á la melancólica calma que precede por algunos instantes á la

erupcion del volcan ó á la esplosion de la tormenta En circunstancias tan críticas ¿qué uso harán los jóvenes atletas de una libertad tan precaria, de unas vidas que amenazan devorar las mismas garras de la muerte de que milagrosamente han escapado? Renunciarán escarmentados el peligroso honor de un combate en que no pueden vencer sino muriendo? Escucharán las sugestiones de esa política conciliadora de la fe con la apostasía, tan hábil en disfrazar con los nombres de prudencia, circunspeccion y respeto á las circunstancias, la debilidad, la cobardía, la defeccion de las banderas cristianas? Se contentarán con tributar los homenajes ocultos de una fe secreta, sin aventurarse en las empresas de un celo que indefectiblemente provocará de nuevo el furor y los puñales de la impiedad? No, católicos; quédese esta táctica reprobada por el Evangelio para esos discípulos cobardes de Jesucristo, que como Nicodemus lo buscan de noche por temor de irritar la cólera de sus enemigos: que lo confiesan y adoran como los hijos del Zebedeo cuando distribuye las dignidades de su Imperio, y que lo desconocen y lo reniegan con Pedro en el atrio de Caifas: cristianos débiles á quienes arredra y hace enmudecer, no ya la vista de los cadalsos y de las hogueras, sino una risa desdeñosa, una sátira burladora... cristianos traidores de su religion que venden por conservar un amigo, un protector, y que la dejan dilacerar cruelmente con tal que se respete su reputacion personal, que no se toque á sus intereses, ni se les turbe en su criminal indolencia. Servando y German salen de los calabozos á imitacion de Pablo con aquel glorioso desafío: *quién nos separará del amor de Cristo?* Lluevan sobre nosotros las tribulaciones y las congojas: conjúrense contra nuestra existencia la hambre, la desnudez y la espada: invente la tiranía nuevos y más esquisitos linages de tormentos... nada hará vacilar nuestra constancia. De Jesucristo fueron los primeros latidos de nuestros corazones: Jesucristo fué el grito de victoria en nuestras pasadas lides: prediquemos á Jesucristo, y que este nombre de salud sea el último que para su confusion arranquen los tiranos de nuestros moribundos labios.

Armados de tan heroica resolucion, estos apóstoles intrépidos de la verdad, la predican públicamente; sus palabras animadas del espíritu de Dios ilustran, persuaden y convencen. El fuego de su zelo se comunica como la electricidad á cuantos se ponen en contacto con ellos: la fe desmayada de los debiles se fortifica, la constancia de los esforzados se corrobora, se disipa la ignorancia de los seducidos, las conversiones se multiplican, los ídolos caen y descubren su ignominiosa desnudez.... nada resiste á la sublime elocuencia de la fe apoyada de mil prodigios en beneficio y consuelo de la humanidad. El seductor y el enemigo de ella no podía mirar sin sobresalto unos ataques que amenazaban la completa ruina de su imperio, ni dejar impunes los triunfos de la verdad y de la virtud que tanto había trabajado por arrancar de la tierra. Un soplo del infierno aviva la mal adormecida llama de la persecucion y enciende en nuevos furores á los ministros de sus iras. Los valerosos atletas son encarcelados otra vez por sentencia de Viador que acababa de encargarse de la prefectura general de las Españas y se hallaba á la sazon en Mérida, de tránsito para la Mauritania tingitana que formaba entonces parte del gobierno político de la Península.

El corazon se horroriza, señores, y extremece de solo recordar los suplicios atroces con que fueron sucesivamente aflijidas, atormentadas, desgarradas las carnes inocentes de nuestros patronos. Gracias inmortales sean dadas á la religion amiga y protectora del hombre, que con sus leyes de paz, de fraternidad y mansedumbre, ha desterrado de nuestra superficie esos nombres de horror conservados con letras de sangre en las actas de los mártires y en las historias de los antiguos imperios para mengua y espanto de la especie humana y testimonio solemne de lo que es el hombre abandonado á la sugestion del error y á la ferocidad de sus pasiones. Los ingratos que desacreditan el Evangelio, no conocen que sin él todavia viéramos los anfiteatros sembrados de cadáveres, las entrañas del hombre devoradas por los leones y los tigres, las parrillas ardiendo, los garfios de hierro, las ruedas armadas de aceradas puntas, tantos instrumentos de

dolor, tantas escenas de sangre, casi increibles hoy, que fueron por muchos siglos el entretenimiento y diversion de esos mismos pueblos que el Evangelio ha civilizado. Insensatos! estudiad al hombre... y temblad á la vista del abismo que con vuestras sediciosas predicaciones zanjais á los piés de la mísera humanidad.

Yo no sé, católicos, usando de la expresion de un Padre, qué admire más, si la constancia sobrehumana de nuestros mártires ó la barbárie inaudita de su tirano. La muerte acompañada de tantos horrores y tormentos no le satisface: su infernal rabia quiere saborearse en el dolor, en los gemidos, en las agonías mortales de sus víctimas. Para prolongarlas inventa un nuevo género de martirio. El cruel ordena que los dos hermanos animados de un débil resto de vida que para la ejecucion de alto designio les conserva la providencia, le sigan en su viaje á la Mauritania. Cádiz! levanta los ojos al cielo y adora humilde el decreto de tu ventura escrito por el dedo inmortal en las bóvedas del Empíreo. Hija de Tiro, alégrate y entona cánticos de gratitud y de gloria. Tu salud se acerca... Viador sin conocerlo te conduce un tesoro de más precio que cuantas riquezas las flotas cartaginesas y fenicias han traido á tu celebrado puerto. Servando y German, coronados de laureles, vienen á ofrecerte todos los trofeos de sus victorias, todo el mérito de sus virtudes, toda la prez de su martirio, y á derramar en tus playas las últimas gotas de una sangre que hará brotar de tus infecundas arenas el árbol de salvacion y de vida. *Ecce salvator tuus venit et merces ejus cum eo, et opus ejus cum illo.* Si hasta ahora dominando á las naciones con tu comercio, fuiste dominada de los errores de todas, si engreida con la soñada proteccion de tu Hércules has sido la tierra predilecta de la supersticion; de hoy más la fé de Servando y de German disipará las tinieblas de muerte en que estás envuelta: las naciones que fueron testigos y cómplices de tu famosa idolatría, verán tu conversion á la verdad: llamarante pueblo santo, redimido de la iniquidad, por los méritos de tus Patronos: ciudad bendecida y elegida por ellos y protegida con el escudo de su poderoso patrocinio. *Ecce voca-*

bunt eos, populus sanctus, redempti a Domino. Tu autem vocaberis: quaesita civitas et non derelicta. (Is. LXII. 11. 12.)

Sí, Gaditanos, tan ilustres protectores pisan ya las arenas de nuestra Isla. Pálidos, cubiertos de polvo y sangre, cargados de pesados hierros que penetran y profundizan las hondas heridas de que están plagados sus cuerpos, atravesando, desnudos los piés, sierras escarpadas y llanuras inmensas en que ven estampadas todavía las huellas sangrientas de su padre Marcelo y de sus hermanos Hemeterio y Celedonio, transidos de hambre, fatigados de la sed y del cansancio, insultados y maltratados de una soldadesca inmoral y despiadada, la fé de Cristo en el pecho, su nombre en la boca, y la muerte en el rostro, Servando y German entran en el territorio jurídico de Cádiz, pasan el puente con incierto pié, y llegan al fundo ó heredad Ursoniana, situada, segun las más probables conjeturas, entre los montones de arena que dan vista al castillo que defiende por esta parte del océano la boca de ese brazo de mar que nos separa del continente. Allí estaba el templo de Hercules. La presencia de este célebre monumento de la idolatría sugiere nuevo proyecto al tirano, que agitado del fanatismo y de la venganza, resuelve sacrificar ante las aras de la fementida deidad dos vidas que confundian en silencio la supersticion de su creencia y desafiaban el furor de su barbárie. La sentencia fatal se pronuncia... las víctimas se arrodillan... los verdugos se acercan... la impía cuchilla descarga su golpe y las ínclitas cabezas de Servando y German caen separadas de sus gloriosos cuerpos...

A tí, oh Cádiz! se dirigieron las últimas miradas de aquellos ojos en que estaban pintados el perdon y la muerte; para tí fueron los últimos suspiros de aquellos pechos en que ardió la llama de la más pura fé; de tí fueron los últimos votos de aquellos corazones que anidaron la virtud y la inocencia. La sangre de los dos mártires ha subido en misterioso vapor hasta el trono del Omnipotente á demandar, no venganza como la de Abel, sino piedad y misericordia como la de Estéban, á favor del suelo de su martirio. Con ella se ha rubricado en lo alto el decreto de tu dicha y las estipulacio-

nes del pacto sagrado que Servando y German han celebrado, al morir, contigo. Reconoce, ¡oh Cádiz afortunada! tus gloriosos derechos consignados en la escritura solemne de salud que te otorgan hoy tus patronos. En ella se declaran tus protectores, tus padres, tus amigos, tus abogados ante el tribunal supremo de Dios; por ella se obligan á desterrar las tinieblas de tu idolatría, á aclimatar en tu Isla la fé, á conservar pura en tu recinto la religion; por ella tus patronos se encargan tambien de tus intereses y de tus glorias temporales; de estender tu navegacion, de abrir nuevo mundo á tu comercio, de purificar tu atmósfera de los aires mortíferos que puedan infestarla, de protejer tus murallas contra las invasiones enemigas, de hacer en fin que tu nombre, unido al de la independencia y libertad europea, ocupe la mejor y más brillante página en el libro de la historia.

Tales son, mis amados compatricios, los derechos de esta Isla Gaditana, consignados en el Patronato de Servando y German, apoyados en la aplicacion del relevante mérito de sus virtudes y martirios hecha á Cádiz por predileccion especial, y á cuyo recuerdo nos provoca el incesante clamor de los custodios tutelares de nuestros muros. Pero si Servando y German claman hoy para recordarnos nuestras glorias, claman tambien para exigir el tributo de los deberes. El pacto es recíproco: á la dignidad é importancia de los derechos corresponden la gravedad y extension de las obligaciones. Permitidme que en desempeño de la mia reflexione un momento sobre ellas.

II.

El orgullo del poder ha vendido siempre muy cara la proteccion que ha dispensado á la debilidad. Las obligaciones que los antiguos códigos de Europa imponían á los libertos y á los clientes para con sus patronos eran tan estensas, tan estrechas y tan duras, sus infracciones castigadas con tal severidad, que escritores muy sábios no vacilaron en llamarlas una esclavitud moderada. La civilizacion ha abolido las leyes que protegían la opresion de los poderosos; aquellos

nombres de esclavitud y de oprobio tan familiares otro tiempo, yacen cubiertos de polvo en los códigos de las antiguas repúblicas y monarquías, sin tener casi acepcion conocida en los idiomas modernos; pero las costumbres y los vicios que engendró la soberbia, aunque disfrazados con formas menos incultas, subsisten como ella para desgracia y vergüenza de la humanidad. El poder es un ídolo insaciable cuyas gracias no se compran sino con adoraciones repetidas, con postraciones humillantes, con la enagenacion de la voluntad y de las opiniones propias, con la ofrenda de la libertad y del reposo y muchas veces (ojalá no fuese tan cierto!), con el sacrificio del honor y de la virtud.

¡Qué distintas son, mis hermanos, las obligaciones que nos impone la proteccion de los Santos! Elevados sobre la infestada esfera de la ambicion y de las pasiones humanas, superiores á las pretensiones mezquinas de la vanidad, animados de la caridad que los distinguió en la tierra y que constituye la esencia de su bienaventuranza en los cielos, nada exigen de nosotros en recompensa de los ejemplos, de los trabajos y de los afanes con que nos redimieron de la esclavitud del error, nada en correspondencia á la proteccion incesante que nos dispensan desde la gloria, sino lo que nos dignifica, nos ennoblece y asegura nuestra dicha en la presente y en la futura vida. Si reclaman de nuestra gratitud los homenages de la devocion y del culto, es porque esos cultos y esa devocion se terminan en Dios, único objeto digno del amor y de las adoraciones del hombre; porque nos provocan á la emulacion de la virtud inseparable de la verdadera felicidad, y porque contribuyen poderosamente á mantener en accion la llama de la caridad que es la vida de nuestras almas. Hé aquí, señores, la sencilla, la juiciosa y sábia teoría de la Iglesia Católica en órden á la veneracion y culto de los Santos: hé aquí los fundamentos del entusiasmo religioso con que los pueblos cristianos desde el nacimiento mismo de la Religion, han acostumbrado solemnizar la memoria de aquellos particularmente que los honraron en vida con el apostolado de la predicacion ó del martirio y de quienes han recibido despues las prendas de una especial

proteccion: y hé aquí tambien las reglas que debian modelar las manifestaciones de reconocimiento á los ilustres Patronos de nuestra Isla.

Que debian he dicho, señores; y esta es la expresion mas suave de que he podido servirme para acusar nuestra ingratitud y el olvido criminal de las obligaciones sagradas que nos prescribe el patronato de Servando y German. Mi mano tiembla al descorrer un lienzo que cubre de confusion á mi patria; pero constituido en esta cátedra entre los clamores de la sangre de Servando y German y las voces del respeto y de las consideraciones humanas, yo no puedo vacilar en la eleccion sin ser traidor á mi sagrado ministerio. La adulacion es el vicio mas torpe en el orador y el crímen mas detestable en el predicador del Evangelio. Cádiz, ¿cómo has cumplido los deberes que te imponen la predileccion y los favores de tus Patronos? Cuál ha sido tu fidelidad á las promesas que juraste á la faz de la iglesia y del cielo? Dónde están las pruebas y los testimonios de tu gratitud? Cuál es la historia de tu devocion y de tu amor á los que por el tuyo vinieron desde el corazon de Extremadura á dar la vida en tus arenas?

¿Lo creerá el mundo cristiano? Cuando la constancia de estos héroes y su muerte gloriosa llenaban de admiracion y de consuelo á todas las Iglesias de España; cuando muchas se disputaban el honor de poseer sus venerandas reliquias y de apropiarse su patronato; cuando para celebrar su victoria las musas de la religion inspiraban á sus cantores himnos armoniosos; cuando la piedad les levantaba templos en la antigua córte de nuestros reyes y en el recinto mismo de la Iglesia primada; cuando de todas partes se les dirigian voces de alabanza y preces fervorosas apenas conocidas hoy sino de algun curioso de nuestra primitiva liturgia y antigüedades Eclesiásticas; cuando los augustos nombres de Servando y German se veian grabados en el mármol de las aras, se invocaban sobre las fuentes del bautismo, se leian en las inscripciones sepulcrales; cuando desde la silla de los Leandros é Isidoros se felicitaba con entusiasmo á Cádiz aclamándola tierra dichosa por haber sido regada con la sangre

de tan insignes mártires; Cádiz, solo Cádiz ignoraba sus glorias y dormida sobre los laureles de Servando y de German, desmentia con su injurioso silencio los elogios y la admiracion que se le tributaban.

Amaneció por fin una época más gloriosa para la devocion del pueblo gaditano. Algunas líneas trazadas por la pluma del erudito escritor de las antigüedades de nuestra Isla, despertaron á Cádiz del vergonzoso letargo en que yaciera por muchos siglos. El año 17 del décimo sesto los dos Senados en representacion del clero y pueblo de Cádiz, votaron, juraron y proclamaron á Servando y German, patronos tutelares de la ciudad y diócesis gaditana. Roma escuchó con edificacion y placer los religiosos votos de nuestros mayores y la santidad de Paulo V los sancionó con el sello de la autoridad suprema. Las demostraciones públicas de fervor y de celo con que se solemnizó el Patronato de nuestros ínclitos santos, parecian redimir su memoria de los agravios del pasado olvido, y asegurarles la fidelidad y la devocion de las edades futuras. ¿Por qué fatalidad, Cádiz, que tan justamente ha blasonado de leal, de generosa y agradecida, solo ha sido desleal é ingrata con sus más insignes bienhechores? Qué genio enemigo de nuestro honor y de nuestra ventura pudo hacer que la noble Cádiz olvidase tan pronto su amor, sus promesas y sus juramentos?

Ello es cierto, señores, que aún no eran pasados dos siglos, y ya el culto de nuestros santos se hallaba casi en el mismo abandono de que lo había sacado una devocion que se creyó mas sólida y duradera. No faltaron sin embargo á la piedad algunos defensores celosos que animados del espíritu de Isaías, osaran levantar la elocuente voz y denunciar á Cádiz el crímen de su infiel correspondencia, mereciendo que el Señor coronase con abundoso fruto la noble empresa de su zelo. A la cabeza de estos promotores ardientes de la piedad gaditana brillaste tú, ¡oh alma eminentemente virtuosa del inmortal *Cabrera!* y tu nombre escrito con este elogio en la sucinta historia de nuestros santos que nos dejó tu antecesor, hará mas honor á tu memoria que todos los laureles con que la sabia Europa ciñó tus doctas sienes....

Disimulad, señores, este ligero desahogo en que tiene menor parte mi gratitud á los desvelos de un maestro respetable, que mi amor á nuestros Patronos, cuyo culto restauró auxiliado de otros varones ilustres, con tan feliz suceso, que su recuerdo inunda hoy de satisfaccion y de consuelo á los corazones religiosos. Cómo pasó tan breve la dichosa fermentacion de la piedad? Cómo se agostó tan presto la mies de la devocion? Cómo en tan cortos años se arruinó la obra del amor y del reconocimiento de los gaditanos á sus gloriosos protectores? Qué es hoy de la congregacion ilustre, erigida entonces con tan ardoroso entusiasmo, en que los vecinos mas condecorados de Cádiz se gloriaron de inscribir sus nombres, y de cuya estabilidad y progresos esperaba con razon la Iglesia recoger los más preciosos frutos de gloria para Dios, de honor para nuestros santos, de utilidad para los intereses espirituales y temporales de nuestra Patria?

Pero por qué lamento yo la ruina de este monumento de la devocion gaditana, cuando debo llorar la de la misma devocion que lo erigiera? Otros pueblos han llevado la suya hasta cambiar los primitivos nombres de su fundacion por los de sus Patronos, han denominado con ellos el mes en que la Iglesia celebra su memoria. El viajero que transita por países católicos no necesita preguntar quién es el Santo tutelar del suelo que pisa; la repeticion de un mismo nombre en las familias, la suntuosidad de algunos templos, la frecuencia de ciertas imágenes, las estatuas y las inscripciones públicas satisfacen su curiosidad antes de manifestarla. Dónde están entre nosotros los templos de Servando y de German? Dónde se ven sus efigies? Dónde se invoca su proteccion? Dónde se escuchan sus nombres? Lo diré con dolor y lo diré aunque provoque el ceño de ese tribunal intruso de la opinion que pretende dictar sus leyes de novedad dentro del mismo santuario? Los ínclitos nombres de Servando y German, esos nombres de honor, de proteccion y de consuelo á que están vinculados recuerdos tan gloriosos, estímulos tan eficaces, esperanzas tan indefectibles; esos nombres que debieran inspirarnos un santo orgullo, se olvidan, se desatienden, se desprecian como añejos y poco dig-

nos de ingerirse en el idioma sentimental del siglo XIX, y se postergan en el bautismo, es decir, en el acto mas solemne y sagrado de la religion, á los pulidos nombres de héroes y heroinas de romance, que habrán de familiarizar muy presto á la generacion naciente con las aventuras é intrigas amorosas de esos cuentos corruptores de la severidad de la moral cristiana, cuando por una profanacion mas escandalosa no se posterguen á los de esas mismas ficciones mitológicas que Servando y German combatieron con tanto celo.

Gaditanos; el dolor no me permite contínuar el cuadro de nuestras ingratitudes. Yo os conjuro por vuestro honor, por vuestro patriotismo, por esa misma nobleza y generosidad de sentimientos que os caracteriza, á que mediteis seriamente si es esta la recompensa que debieron esperar de sus clientes los patronos y los protectores de Cádiz. Mucho tiempo há que llora Cádiz la paralizacion de su comercio, la desaparicion de su marina, la ruina de su antigua opulencia. No, hermanos, no busqueis en la casualidad, ni en las combinaciones de la política, ni en las revoluciones que han agitado á los dos hemisferios la clave pata descifrar el misterio de nuestras desventuras. La casualidad es palabra sin sentido en el diccionario de la filosofía, lo mismo que en el de la religion, y las combinaciones del hombre y las revoluciones de la tierra están subordinadas á la accion suprema de la providencia, en cuyo libro inmortal están escritos los destinos de los pueblos y que ordena sabiamente los acontecimientos del mundo físico, moral y político al premio de la virtud y al castigo de los vicios.

Cádiz tiene derechos indisputables á la felicidad consignados en los méritos, en la sangre, en el martirio, en el amor y proteccion de sus Patronos; pero Cádiz tiene tambien obligaciones estrechas, promesas sagradas, juramentos solemnes cuya violacion no puede quedar impune. Apreciemos nuestros derechos, respetemos y cumplamos nuestros deberes. Esto exige la justicia, esto ordena la gratitud, esto prescribe la voz de nuestros mas caros intereses, y esto claman incesantemente á los oidos de nuestra desmayada pie-

dad esos ángeles tutelares dados por Dios á Cádiz para gloria, ornamento y custodia de nuestros muros. *Super muros Jerusalem, tuos constitui custodes, tota die et tota nocte in perpetuum non tacebunt.*

Pueda, oh ínclitos Patronos, pueda ese vuestro clamor transmitido en débil eco por mis torpes labios, penetrar hasta lo más hondo del corazon de vuestros clientes y derretirlos en llanto de arrepentimiento y de amor que borre los agravios de nuestro injurioso olvido. Tiempo es ya de que Ca diz agoviada con el peso de tantas y tan encadenadas desventuras, conozca en ellas la pena de su ingratitud y se convenza de que en vano se agita por la felicidad, mientras tenga desobligadas las diestras bienhechoras á quienes el dador de todo bien ha confiado nuestros destinos. Ah! llegue el venturoso dia en que los gaditanos unidos por los lazos de vuestro amor, se acerquen á renovar en esa ara el juramento de fidelidad que os prestaron nuestros mayores. Nuestra ferviente súplica hallará fácil acogida en vuestros piadosos oidos. Volverá entónces la época de prosperidad y de gloria que interrumpieron nuestros pecados: dignos de vuestro amor, de vuestra proteccion y de vuestras mercedes, cantaremos felices vuestro triunfo en la tierra, y siguiendo la senda que nos trazaron estos ejemplos mereceremos acompañaros en la bienaventuranza de la eternidad Amen.

